

Una conducta personal frente al proceso filosófico

Escribe: ANGEL MARIA QUINTERO

La filosofía como conocimiento del ser y de sus exigencias es la más alta y noble ocupación del hombre, pues ella envuelve en sí todo nuestro ser con un sentido de radical trascendencia. La noble tarea de pensar, que comenzó históricamente con los presocráticos, y que hunde sus raíces en el siglo V, A. de C., ha constituido el más alto empeño del hombre de occidente. En realidad parece ser, que toda la filosofía, fue avistada en el siglo V, A. de C., en las escuelas Jónica y Eleática, por los genios de Heráclito y Parménides, cuando el segundo formula la realidad del ser; y el primero la ley del devenir, que en nuestro sentir, podría definirse, de lo absoluto a lo contingente, o en otros términos, de la esencia a la existencia, y de la potencia al acto.

Pero empezando el camino de la genial empresa, su ley era caminar; y así, en Sócrates, estallarían los más poderosos gérmenes de la vida mental, y de aquí en adelante, el conocer se convertirá en saber conceptual, pues, para el Maestro, el único saber verdadero, es el que se alcanza por el concepto, el cual, es de naturaleza bien distinta de la opinión.

Fue esta la feliz mañana del auténtico pensamiento filosófico, sujeto a riguroso curso de clásica escolaridad, pues, Platón significa la juventud de Sócrates y Aristóteles la madurez de Platón.

Quedaba así, definida en su materia y en su forma, la más densa y amplia plataforma del pensamiento filosófico y de hecho y de derecho, consumada la más radical y trascendente, la más noble y la más hermosa invención del hombre, la filosofía, nuestro Pathos natural.

Sócrates se presentó a raíz de la primera crisis del pensamiento occidental y de las primeras formas de disolución social, con un gran programa de reforma en la vida del pensamiento y de la institución a base de una moral razonada en la que se identificaba la sabiduría con la virtud y la verdad con el bien. Platón, propuso a la mente humana, y con vigorosa intuición de genio, los más altos temas que puedan ocupar la mente del hombre: desde entonces la inteligencia ha trabajado con ellos, en un proceso de ahondamiento, y en algunos de ellos, con genial penetración, pero, no ha creado formas nuevas que puedan servir de sustitutos a aquellos fecundos y geniales arquetipos de la vida mental.

Pero, si ciertamente es Platón el inventor de las semillas, Aristóteles es el genio arquitectónico por excelencia, el talento analítico, el filósofo por antonomasia, que aclimató a la tierra con insuperable realismo, las celestes semillas y las hizo fecundas, a través de la doctrina del acto y la potencia, de la materia prima y de la forma substancial. Porque el genial estagirita, es no solamente el padre de la dialéctica, sino que es el creador de la metafísica, y el primer tratadista de antropología filosófica, (que tanto acucia a los modernos), en sus profundos tratados, sobre el alma, sobre la ética nicomaquea y sobre la política; son estas las razones de nuestra devota y razonable admiración por el genio de Aristóteles: tal vez vaya en ello, algo de nuestro temperamento, que no se rinde a gusto, sino ante lo orgánico y coherente, ante lo sistemático y arquitectónico del pensamiento, porque para nosotros, la filosofía es ante todo un sistema orgánico de pensamiento, una doctrina coherente, que se integra en la posesión del ser real y trascendente, en la visión total del universo.

Pues bien, yo no he encontrado, a través de mis modestas investigaciones filosóficas, en las que pervive un sentimiento realmente vocacional, que no hay más que dos posiciones del espíritu realmente definidas ante el vasto y profundo campo de la filosofía, y son ellas: la objetividad del ser, ante el cual se abre a la contemplación la inteligencia del hombre en el orden teórico, y en el orden práctico, la heteronomía de la acción; y subjetividad en el orden teórico y autonomía en el orden práctico, son las dos posiciones radicales del pensamiento y quizá, los dos únicos posibles sistemas coherentes en el espíritu de la filosofía. Objetividad del ser real, que ilumina a la inteligencia y hace fecunda su operación inteligible. De idéntico modo,

la voluntad está intencionalizada hacia el objetivo de su operación propia, cuyo carácter es, ya no la posesión del ser como inteligible sino la posesión del ser como bien; subjetividad y objetividad, inmanencia y trascendencia, autonomía y heteronomía, realismo exagerado y realismo moderado son como los marcos conceptuales, que delimitan los dos grandes continentes del mundo filosófico.

Los pensadores, que posteriormente consagraron sus mejores "ocios" a la meditación filosófica, han tenido que construir sus sistemas sobre estos centros de gravitación universal. La misma revolución del cristianismo, tan radical y trascendente en su nueva concepción del mundo y de la vida, significa para el pensamiento filosófico, el bautismo de Platón por San Agustín en el siglo IV, y el de Aristóteles por el doctor Angélico en el siglo XIII de nuestra era. Esos dos grandes genios del cristianismo, pares de los dos grandes maestros antiguos, representan la purificación respectiva de aquellos grandes sistemas en sus eventuales escorias, pues, es San Agustín quien patentiza la doctrina platónica y la aclimata a los siglos medios; como Santo Tomás, es quien levanta el más alto monumento arquitectónico del cristianismo sobre los fundamentos orgánicos coherentes y sólidos del auténtico Aristóteles, malversado antes en su doctrina por Alejandro de Afrodisia y Averroes, y después por Antonio Nifo y Pedro Pomponazzi.

A partir del renacimiento, el pensamiento filosófico está regido por un proceso de dialéctica interna y de radicales antinomias; naturalismo y panteísmo, sensualismo y racionalismo, idealismo y materialismo, existencialismo y fenomenologismo, son a mi entender grandes y pequeños "ismos" por donde el hombre moderno ha buscado y ha querido, consciente o inconscientemente evadirse de la realidad del mundo en que se agita su ser y su pensamiento; y se me antoja que, ello apenas es natural, pues, el hombre, no es creador del ser, ni la inteligencia puede sin negarse a sí misma prescindir de él; y la actividad práctica de otra parte, inmersa en las aguas congeladas de la inmanencia, forzosamente llevará al hombre a los trágicos procesos del resentimiento y de la angustia, Pathos que caracteriza al hombre típicamente moderno.

Más no por ello hemos de afirmar, que el pensamiento filosófico que empezó en el renacimiento, no haya elaborado grandes y muy notables valores a través de un proceso histórico de

cuatro centurias; pocas revoluciones tan fecundas como la cartesiana; pocos pensadores tan geniales y profundos como E. Kant; pocos filósofos que hayan impreso al ritmo de la historia, un dinamismo tan radical y demás trágicas consecuencias para el proceso social como Hegel. Y no obstante, estos pensadores tan geniales, como bien intencionados, en sus sistemas erradican en alguna forma, a veces en parte, y a veces en todo, la autenticidad del hombre en su operación intelectual y en su actividad moral, desfalconando así a la persona humana de su excelsa dignidad, para desplomarla a la postre en las aguas turbias y cenagosas del materialismo histórico, en los que el proceso de la colectivización, hace al hombre cada vez más amorfo y por lo mismo, cada vez menos hombre. Llegados aquí, fuerza es concluir, entonces que, la filosofía no es aquella ciencia, sino aquel saber y aquel obrar en consecuencia que hace el hombre, cada vez más hombre.

Porque, ciertamente, el mundo moderno tiene muchos y muy variados genios en el pensamiento filosófico; es esta una afirmación histórica que un ánimo juicioso no podría negar, sin pecar contra la ponderación y el equilibrio propios de quien pulsa las edades del espíritu en el curso general del pensamiento. Pero también es cierto, que ese mundo, es un mundo escindido en lo íntimo de su estructura racional, por obra de esos mismos pensadores que con sus aríetes mentales, fueron en paciente labor, desintegrando la unidad de la cultura, que tan sólida y pacientemente habían ido elaborando los grandes genios de otras edades.

Ahora bien, una ley profunda del espíritu y de la economía general del pensamiento, es la de que, todas las manifestaciones de la cultura en un momento determinado de la historia, son solidarias, al menos en las formas superiores del pensamiento. Y así tenemos, que la primera ruptura en el compacto y sólido edificio, fue de orden teológico, cuyos gérmenes pesimistas obraron a manera de nítrico disolvente que afectó en su vitalidad íntima las zonas profundas del espíritu, donde se conciliaban la gracia y la libertad.

Descartes, con su "Duda metódica", hizo otro tanto en el plano filosófico, estableciendo una ruptura entre el orden lógico del conocimiento y el orden ontológico del ser.

Emanuel Kant, dio el golpe definitivo, pues negó a la inteligencia la capacidad para penetrar en el reino neuménico y la dejó a merced de la fenomenalidad de las cosas.

Construyó sobre apriorismas improbables una moral autónoma, y separó radicalmente del mundo ético, el mundo jurídico, quedando desde entonces este último, entregado al voluntarismo estatal.

Un paso más en el proceso histórico, y ya tenemos a Hegel con su idealismo absoluto, quien se dispone en compañía de uno de sus más brillantes discípulos, hacer el formidable empréstito para la construcción del materialismo histórico, nivel mínimo en la aventura del pensamiento que, en nada glorifica al hombre, pues, que empieza por desconocer la dignidad de la persona humana que no puede subsistir donde no se reconoce la majestad de Dios, y organiza una sociedad sin Dios, que forzosamente resulta organizada contra el hombre.

Más no debe olvidarse aquí, que en el fondo de algunos movimientos filosóficos modernos, hay un latente y plausible movimiento de retorno hacia las clásicas formas del pensar de la llamada *philosophia perennis*, sobre todo en la escuela axiológica, en la fenomenología y en el existencialismo de buena ley, las cuales redescubren, el mundo de los valores, la intencionalidad del conocimiento, y la contingencialidad del ser humano.